



**Misión Permanente de Guatemala ante las Naciones Unidas**  
**57 Park Avenue New York, NY. 10016 Tel. (212) 679-4760 Fax. (212) 685-8741**  
[www.guatemalaun.org](http://www.guatemalaun.org)

---

*(verificar al momento de su lectura)*

**INTERVENCIÓN DE S.E. HAROLD CABALLEROS,**  
**MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES DE GUATEMALA**

**CONSEJO DE SEGURIDAD DE LAS NACIONES UNIDAS**

**La situación en el Medio Oriente: desafíos y oportunidades para la paz la seguridad**

(12 de marzo, 2012)

Señor Presidente:

Agradecemos al Reino Unido haber organizado esta sesión, y le agradecemos a usted su gesto de presidirla. También estamos reconocidos con el Secretario-General por la presentación que nos ha hecho.

Señor Presidente:

Debo decir que el tema que ha fijado para nuestro debate de hoy, si bien apasionante, constituye un gran desafío. Contrariamente a otros temas muy puntuales que hemos discutido en el pasado, y que admiten reacciones más o menos precisas, en esta ocasión ustedes nos han propuesto una materia más general, que entraña el riesgo de diluir cualquier mensaje que quisiéramos transmitir.

Sería presuntuoso de nuestra parte ofrecer interpretaciones sobre el significado de lo que se ha dado en llamar la “primavera árabe”, cuya imagen paradigmática, y que cautivó la atención del mundo, se produjo en la plaza de Tahrir del Cairo en enero de 2011. El extraordinario valor de la población, su serenidad, su solidaridad, la persistencia de sus demandas y sobre todo su carácter pacífico fue fuente de inspiración para toda la humanidad. Guardando las enormes distancias que se registran entre estos acontecimientos tan singulares con las transiciones ocurridas entre 1980 y 1990 en mi propia región, de regímenes autoritarios a gobiernos civiles democráticamente electos, quisiera responder al desafío que usted nos plantea, señor Presidente, con un breve comentario sobre las “lecciones aprendidas” de nuestras propias vivencias, y que pueden aportar algunos insumos tangibles a nuestro debate de hoy. Con bastante modestia, y

consciente de las importantes diferencias históricas, culturales, religiosas y políticas existentes entre nuestras respectivas regiones, e incluso dentro de las mismas, giro sobre las transformaciones de mi propio país para sugerir siete puntos.

Primero, cada caso en América Latina fue peculiar, y seguramente cada situación en Medio Oriente también lo será. Por ejemplo, en mi propio país, nos vimos ante la necesidad de adoptar un proyecto de nación multiétnica, pluricultural y multilingüe, respondiendo a las realidades peculiares de Guatemala, que no necesariamente son iguales a otros países de América Latina. Por eso, aunque suene banal afirmar que no hay fórmulas de validez universal para transiciones, y si bien los valores democráticos son similares en todas partes, su expresión concreta en cuanto a organización interna, ordenamiento jurídico e institucional, y formas de participación popular puede variar mucho de una situación a otra.

Segundo, los valores culturales importan, sobre todo en sociedades multiétnicas que buscan construir una nación donde impere el respeto por el prójimo y la tolerancia. Esos valores culturales deben ser compatibles con sociedades democráticas y comprometidas con el progreso económico y social. A título de ejemplo, es importante que todos tengan acceso a las mismas oportunidades, independientemente de su género, etnia, afiliación local, raza o creencia. Me complace afirmar que estos valores se han ido asentando y consolidando en nuestra región, y confío que lo mismo ocurrirá en los países objeto de nuestro debate.

Tercero, el progreso definitivamente no es lineal. No es fácil construir sistemas de gobernabilidad plurales y participativos donde no existía una cultura democrática plenamente asentada. Requiere fortalecer – y, a veces, crear – instituciones en varios ámbitos, incluyendo una sólida base constitucional y legislativa, el desarrollo de partidos políticos representativos, y la garantía de la libertad de expresión. La agenda es compleja, toca intereses creados, genera consecuencias muchas veces imprevistas, y de vez en cuando exige golpes de timón. Lo importante es persistir, y confiar que culturas milenarias que tanto le han aportado al mundo civilizado encontrarán la fortaleza, la creatividad y el liderazgo para llevar su proyecto de democratización a buen puerto.

Eso me lleva al cuarto punto. Los procesos de democratización deben responder a los anhelos y acuerdos de los pueblos y sociedades nacionales. Requieren ser producto de un sentimiento de evolución propia -- de una especie de consenso nacional -- y no algo impuesto desde fuera. Llegar a un modelo con el que la ciudadanía se siente cómoda muchas veces entraña períodos prolongados de prueba y acomodo, lo cual solo confirma mis puntos anteriores de que estamos ante procesos de largo aliento. Estos procesos solo responden a la voluntad de sus propios ciudadanos. Asimismo, la democracia representativa tiene como requisito que los ciudadanos tengan confianza en los Gobiernos que eligen.

Quinto, hoy está de moda en las Naciones Unidas hablar del estado de derecho, una materia que no figuraba de manera tan prominente en nuestra agenda algunos años atrás. Quisiera confirmar desde la óptica de mi propio país la crucial importancia de contar con instituciones sólidas que combatan la impunidad, la opacidad en el manejo de las finanzas, públicas, y, en general, la administración de justicia. Lo previmos en nuestros Acuerdos de Paz, pero lo constatamos de manera más directa con la amenaza que constituye al estado de derecho

la irrupción en nuestro país de carteles del crimen transnacional. Combatir ese flagelo requiere fortalecer nuestra capacidad de persecución penal, nuestro sistema judicial, nuestra policía civil, y hasta nuestro sistema penitenciario. Seguramente lo mismo será cierto en los procesos de democratización en curso en el Medio Oriente.

En sexto lugar, en el caso de América Latina en general y Centroamérica en particular, la transición democrática vino acompañada de un fuerte impulso a la cooperación intrarregional. El surgimiento de Gobiernos con valores compartidos facilitó los entendimientos y promovió el regionalismo. En nuestro caso, cooperando para resolver problemas comunes y promover el respaldo recíproco fortaleció la democracia en cada país, y contribuyó a su defensa colectiva. Pensamos que ese fenómeno de cooperación es trasladable a los países objeto de nuestro debate de hoy, lo que ya toma cuerpo a través del creciente papel que desempeña la Liga de Estados Árabes.

Por último, no olvidemos el imperativo de impulsar el desarrollo económico y social. Es verdad que los pueblos piden libertad y dignidad, pero también exigen mayor bienestar, sobre todo en sociedades marcadas por elevados niveles de desigualdad. Es interesante señalar que, de acuerdo con la principal fuente encuestadora de opinión pública en nuestra región, Latinobarómetro, existe una correlación cercana entre desempeño económico y grado de satisfacción con la democracia. Al parecer, la población no solo aspira, si no que exige que Gobiernos más plurales y representativos generen beneficios tangibles para la ciudadanía. Cuando ello no ocurre, el índice de satisfacción con las instituciones democráticas cae de manera dramática.

Señor Presidente:

La llamada “Primavera Árabe” genera sentimientos en balance de signo positivo. Por eso, me he concentrado más en la parte de oportunidades que en la de desafíos en mi intervención. Por eso, también, deliberadamente he omitido tocar otros temas que algunos considerarían como obligatorios al hablar del Medio Oriente, como sería el imperativo de superar el conflicto entre Israel y Palestina, o la situación en Siria, ya que esas materias las hemos abordado en otros encuentros del Consejo.

Muchas gracias